

TRIPITA Y MEDIA Y ARROZ BARATO. CRÓNICA DESDE GETSEMANÍ

Tripita y Media and Arroz Barato.
Chronicles from Getsemani

Alejandro Salafranca Vázquez

Antropólogo e historiador (México)

Este texto es un ensayo que intersecciona su mirada entre la crónica de viaje, el cuento corto y el análisis lingüístico y sociológico. A partir de la mirada infantil del autor, criado en el norte del África hispánica y madurado en México, se construye una onírica visión de la América panhispánica que transcende y se sustancia en una Cartagena de Indias que deviene de ciudad mítica en los sueños infantiles del protagonista a realidad viva y palpitante tras la visita adulta del mismo al enclave septentrional colombiano. Descripciones sociológicas, desmenuzamiento lingüístico de los usos del español caribe, anécdotas de viajero avezado y reflexiones urbanísticas configuran esta panoplia abigarrada de un escritor español que se autocalifica de ultraperiférico, observando sus nuevas patrias al otro lado de ese *mare nostrum* hispánico que es el Atlántico.

Palabras clave

Melilla, infancia, Cartagena de Indias, Blas de Lezo, literatura, usos del español, Ciudad de México

This text is an essay that intersects its scope between travel writing, short fiction and sociological and linguistic analysis. Originating from the perspective of the author's childhood, raised in the North of Spanish Africa and later developed and matured in Mexico, it builds an illusory vision of the united Hispanic America that transcends and materializes in a Cartagena de Indias, which evolves from being the mythical city in the dreams of the protagonist's infancy, to a living and palpating reality as a result of his visit to the Colombian Northern enclave now as an adult. Sociologic descriptions, linguistic analysis of the common uses of the Caribbean Spanish, anecdotes of the seasoned traveler and urban reflections, all of them contour this swarming assortment coming from a Spanish writer that designates himself as extremely peripheral, while observing his new homelands at the other side of that Hispanic Mare Nostrum, which is the Atlantic Ocean.

Keywords

Melilla, childhood, Cartagena de Indias, Blas de Lezo, literature, Spanish language

A mi padre, Jesús Felipe Salafranca Ortega, por tantos años de hechos, andanzas y realizaciones compartidas

De pequeño, cuando no era más que un infante con cara de pipiolo, tenía, o eso decían, la cabeza llena de pajaritos. Aquello de tener la cabeza repleta ornitológicamente era un reproche común de mis mayores e incluso de mis mentores. El caso es que fui un soñador desde antaño; hogaño persevero, aunque con menos fuelle. Esos sueños forjados en la biblioteca paterna cuajada de libros de historia –repletos estos de resonancias castrenses– me hicieron viajar sin descanso por medio orbe prácticamente sin salir de mis angostas, ignotas y minúsculas ciudades de residencia. Viví en villas en la periferia de mi propio mundo. Me crié, entre otras, en la bellísima plaza de soberanía española de Melilla, hoy Comunidad Autónoma de Melilla, sita en la orilla sur del Mare Nostrum a tres pasos de la frontera argelina-marroquí. Una gran parte de mis recuerdos infantiles se atesoran teniendo este hermoso enclave rifeño como escenario, y han macerado mi vida de adulto que ha transcurrido entre Málaga y la Ciudad de México.

En los muros recios de la parte vieja de la ciudad impertérritamente asomados al Mediterráneo africano, en ese recodo a cubierto donde la península de Tres Forcas se une al continente y desde donde se intuía en lontananza las Chafarinas y la isla de Alborán, allí mismo, en la estrecha cercanía de aquellas murallas silentes, mi mirada ingenua se perdía viendo o queriendo ver por doquier detestables velas bucaneras, pabellones reales en su persecución, abordajes de bajeles berberiscos, corsarios canarios al servicio de su majestad católica, piratas otomanos acechando, restos de las armadas lepantinas, proas de la Sublime Puerta, cascos enmohecidos de fragatas de su graciosa majestad o navíos de tres puentes en cuya popa ondeaba la flor de lis. Me la pasaba mirando en derredor protegido por los baluartes, con mis codos anclados en las piedras centenarias de Melilla la Vieja, contemplando con el salitre en los labios el revoloteo de las gaviotas. En aquellas mañanas invernales mi imaginación tuvo un límite, no sé por qué, pero nunca hallé frente a mí la ansiada Flota de Indias ni la de la Nueva España, ni la del Mar del Sur, ambas, quise pensar, esquivas a mi catalejo visual por la atracción de los puertos monopólicos de la Andalucía atlántica. Los torreones bizarros de mi fortaleza trasfretana estaban expuestos a la brutal intemperie del fuego cruzado de levantes y ponientes, por ende, mi testa pueril y mi mente tierna estaban sometidas al enloquecedor entresijo de los fríos cruces de vientos marineros, seguramente

origen suplementario de mis alucinaciones guerreras. Pateando en las tardes invernales el espigón del puerto, muchas veces solo y otras en compañía de algún amigo, mientras intuía las Chafarinas en el horizonte o Málaga al otro lado del mar, imaginaba en mi continua ensoñación autoinducida que era un capitán de milicias de ultramar defendiendo alguna muralla del enmohecido Imperio de su majestad católica, esa mole política y social heterogénea siempre a la defensiva, frente a las asechanzas de cuanto hereje, renegado, gabacho, infiel o hideputa de cualquier credo y ralea nos acosaba entonces, soñando con arrancarle a las Españas un girón de costa en cualquier océano y en cualquier hemisferio. Y sí, yo solo, al más puro estilo Gálvez en Pensacola, defendí con bravura el Morro y la Cabaña habaneros, mantuve de esa guisa incólume, a pesar de mil manganillas, la fortaleza melillense, grité mil veces a mis batallones de pardos, a mis milicias provinciales de diversos virreinos o a mis escasos regimientos peninsulares que ¡ni un paso atrás! Y lo hice con igual denuedo y empuje en los muros de Puerto Rico, Santiago de Cuba, Porto Bello, Menorca, Ceuta, Orán, Campeche, San Juan de Ulúa, San Diego en Acapulco, el Callao y, como no podía ser menos, en la para mí mitificada Cartagena de Indias.

Lo de Cartagena era un caso excepcional; a la Cartago novogranadina había que echarle de comer aparte, tenía un hueco especial en mi corazón de defensor heroico de murallas. Y es que estaba fastidiado de escuchar en el colegio las secuelas de las derrotas navales españolas en Trafalgar, en San Vicente, de la desbandada del canal de la Mancha, etcétera. No entendía por qué nuestros profesores, en vez de lloriquear con el derrotismo autoflagelante de los libros de texto, portavoces idiotizados de la historiografía del enemigo, no nos hablaban, además de aquello, de la demoledora victoria sobre los franceses en las Azores, del freno al poder otomano en Lepanto, de la derrota total de la Contraarmada inglesa enviada por la Reina Virgen contra El Ferrol y Lisboa, de la expulsión de los holandeses de Salvador de Bahía –que sin aquella hazaña hoy se llamaría seguramente Nueva Maastricht y se farfullaría flamenco en lugar de portugués–, de la liberación de Texas y Luisiana de manos de los casacas rojas en la expedición de Pensacola y, ¡cómo no!, de la gran hazaña de Blas de Lezo en Cartagena. Así que, como joven soldado virtual del Imperio, me daba moral de combate y reforzaba mi espíritu de cancerbero de la linde hispánica el leer y recrear la soberana paliza que Blas de Lezo, aquel bravo español de nación guipuzcoana, y un puñado de novogranadinos, peninsulares, criollos, indios flecheros, mulatos, zambos y de todo el abanico racial de aquellas tierras, les

dieron al soberbio de Vernon y al hermano mayor de George Washington –un tal Lawrence, al que, combatiendo bajo bandera británica, le pareció buena idea atacar con sus paisanos a pecho descubierto el imponente fuerte de San Felipe de Barajas echando por delante, claro, a los macheteros jamaicanos como carne de cañón. Nada nuevo, co-sillas y ademanes pragmáticos de los británicos de aquel siglo.

Soñaba, pues, con Cartagena, puerta de Sudamérica, ruta hacia las riquezas peruanas y bolivianas, manjar ansiado por los pelirrojos infames que conspiraban desde los muelles de Port Royal en Jamaica. Así que imaginar que los héroes de Cartagena derrotaron en toda línea a la escuadra más grande que jamás vio el Caribe en tres siglos de rapiña sajona, germánica y gabacha, pensar que las tropas de colonos norteamericanos del mayor de los hermanos Washington fueron barridas en las laderas de subida a la mole de San Felipe y que Cartagena supo poner en fuga a los afebrados hijos de la pérfida Albión, a los norteamericanos y a los jamaicanos dejando en el campo más de 20 buques desarbolados y nada menos que 9.000 bajas de un total de 23.000 expedicionarios o pensar, también, que los súbditos del rey Jorge no pudieron penetrar en la bahía de Cartagena durante diecisiete largos días de arduo combate gracias a la resistencia cartagenera en los distintos fuertes de Bocachica, me ponía los pelos de punta. Aquellos días imaginando la razia sobre aquellos hijos de la Gran Bretaña, me sentía pletórico en mi violencia virtual e inofensiva. Llegaba a casa con mi casaca blanca llena de sangre galesa o inglesa y me aseaba de los restos de vísceras de milicianos de Virginia y Carolina incrustados en mi bayoneta; créanme que dormía como un lirón, la paz del guerrero, tal cual. Llegaba el merecido descanso sin hembra que calentara mi cama ni curase mis heridas, ni saciase mis afanes viriles. En fin, también es verdad que con siete, ocho o nueve años mis afanes viriles se reducían a ponerme un pijama limpio, ver a escondidas un capítulo de dos rombos de la serie *Raíces* y merendar un bocadillo de chocolate con mantequilla y un yogur de limón.

Debo reconocer, sin temor a equivocarme, que mis sueños infantiles no fueron políticamente correctos y quizá mis aventuritas al aire libre de mi imaginación turbada hubieran escandalizado a doña María Montessori o a las muchas conciencias biempensantes de nuestros días, esas mismas que pontifican sobre estos temas mientras sus hijos destripan a media humanidad islámica en consolas y videojuegos muy tiernos y formativos; y es que, mientras muchos niños soñaban y sueñan todavía aleccionados machaconamente por Hollywood o por Walt Disney con ser piratas caribeños y asaltar

flotas, saquear ciudades y ligarse a la guapa del lugar, yo soñaba con proteger esas ciudades, impedir que se llevaran a parroquiana alguna y con darles, por supuesto, garrote en la plaza principal a los Jack Sparrow y demás carne de horca descarriada mientras me tomaba un roncito dominicano. ¡Qué se le va a hacer, gajes de criarse entre numeritos sabatinos del tercio, chirimías del tabor y boinas negras de los jinetes del Alcántara!

Mis sueños infantiles no fueron políticamente correctos y quizá hubieran escandalizado a las muchas conciencias biempensantes de nuestros días

Pasaron muchos años y, contrariamente a lo que muchos psicólogos sostienen, nuestras imaginaciones castrenses infantiles no nos hicieron ni a mí ni a mis amigos de entonces adultos violentos. Nunca he matado ni una mosca y mis juegos bélicos infantiles fueron solo eso, juegos bélicos infantiles que el único daño que hicieron fue dejarme medio cegato de tanta lectura de libros de historia, hábito que arraigó en mi vida de manera perdurable. El caso es que hoy, a los cuarenta y nueve, soy un pacífico antropólogo que adoro todas las culturas y todas las naciones a cuyos esbirros uniformados habría fulminado sin pestañear siendo niño. Respeto y admiro Francia y su cultura por culpa de Flaubert, Yourcenar o Le Clezio; soy un entregado sincero a las complejidades turcas, entre otras cosas, por la gratisima lectura de genios como Pamuk o de talentos más discretos como Gürsel; aprecio y valoro el Reino Unido por su pujanza, por su capacidad de reinventarse y por culpa de unos millares de páginas de Conan Doyle, Collins o Wilde; disfruto de lo que tiene de disfrutable el imperio de nuestros días: los Estados Unidos, a cuya endurecida alma me acerco gracias exclusivamente a Capote, Kennedy Tool, Tony Morrison, Mailer, Miller, Auster, Roth, Franzen y tantos otros; y por reconciliarme que no quede, que he perdonado de mis cuitas infantiles hasta a los holandeses orangistas por mediación de las genialidades del gran escritor Cees Nooteboom o gracias también, ¡cómo no!, a toda la escuela flamenca de pintura que desde el gótico hasta bien entrado el XVII me ha parecido

cuna de puros maestros del buen gusto; para colmo, soy de un tolerante religioso que raya en un nihilismo dadaísta y he devenido con los años en una especie de sacerdote de la multiculturalidad, es decir, estoy a tres pasos de ser un gurú oriental y príncipe del buenismo en cuanto a mi relación con la otrora vilipendiada alteridad europea y otomana.

Lo único que sí atesoro de aquellos duros e intransigentes años africanos a pie de muro es el sueño de visitar los escenarios con los que soñé de niño; y la vida, generosa como ha sido hasta ahora conmigo, me lo ha ido cumpliendo poco a poco. *Pian pianito* he ido teniendo la oportunidad de ver de primera mano los escenarios donde mi pequeño álter ego de nueve años destripó enemigos sin darles cuartel –salvo cuando se rendían con honor, faltaría más–. He desgastado muchas suelas en largos paseos por Veracruz, Perote, Ceuta, La Habana, Acapulco, Campeche, La Coruña y, por fin, desde ese rincón de privilegio que atesora mi corazóncito, por Cartagena, la gran Cartagena de Indias.

Los sueños, de tantos soñarlos, se acaban cumpliendo y finalmente pude por una breve semana, que me supo a poco, asentar mis reales adultos en la tierra de Heredia, de Blas de Lezo o de los millones de esclavos africanos que cambiaron el rostro para siempre a aquellas costas. Llegué a los territorios de García Márquez, sí, sí, García Márquez. Y es que, entre mis tiernos diez años en que colgaba gentuza «pecas bermejas» en la plaza de la Aduana de Cartagena y la primera vez que la pisé físicamente, me dio por la literatura y aquellos primeros sueños fincados únicamente en lecturas de manuales de tiempos pretéritos se fueron bifurcando, complicándose y enriqueciéndose con las de aquellos otros libros de ensoñaciones novelescas. De tal suerte que mi desembarco en Cartagena venía precedido del imán castrense ya descrito, pero también del imán superlativo de la imaginaria garciamarquiana, de las remontadas del Magdalena rumbo a la sabana de los muiscas de Ursúa y Armendáriz conducidos por la pluma descarnada y fina de Ospina, de las tribulaciones del gaviero de Mutis o de la vorágine del infierno del caucho en los ríos amazónicos que padecí de la mano de Eustasio Rivera; además, por supuesto, de la música de acordeón del indio Morales que nació en los Cardonales, de los resabios de lecciones de antropología sobre palenques de indomables cimarrones, de los sancochos que tanto me presumían mis amigos colombianos en la facultad, de las añoranzas de los buñuelos fritos de queso panela que aprendí a comer en la Escuela Nacional de Antropología en México, del hálito de excelencia de mis admirados amigos de la Fundación Iberoamericana de Periodismo y de mil cosas más que endulzaron mi imaginario y almibararon mis ganas de

aterrizar en el departamento de Bolívar. Con esa melé de ideas y preconcepciones, hice mi sueño realidad y de la mano de mis dos giselas arribé a la joya del norte colombiano procedente de Panamá un cálido día de agosto.

La distancia que separa lo nimio de lo sublime, lo bueno de lo excepcional, lo *chido* de lo *chingón*, estriba en las dosis de sugestión largamente macerada y larvada con que sancoches tus ganas de gozar una experiencia. Así que me comprenderán cuando les diga que estaba predestinado y programado para que todo lo que vi en Cartagena me enriqueciera, me hiciera más sensible a la realidad colombiana, me agradara, me transformara en una persona un ápice más feliz y un ápice más consciente de los problemas que afectan a esta ciudad y al país donde se inscribe.

La gozadera sensitiva no se hizo esperar; desde el mismo recorrido en taxi del aeropuerto al hotel, tenía pelados los ojos de mirar y ver. Me hospedé en el populoso y variopinto barrio histórico de Getsemaní, otrora barrio de negros y castas y hoy apretado microcosmos que refleja lo que socialmente le está ocurriendo a Cartagena. Este barrio, fundamentalmente de origen afrodescendiente, conserva su arquitectura virreinal tradicional y su iglesia trinitaria incluso luce altanera su artesonado mudéjar de manera dignísima. El barrio está vivo, muy vivo, y sus calles son un hervidero de gentes que van y vienen; se ven en sus arterias muchos oficios tradicionales, muchos vendedores ambulantes, muchas tiendas de cerveza, herrerías herrumbrosas, zapaterías humildes, pequeños restaurantes para gente trabajadora, supermercados caseros, zapateros remendones, colmados muy animados, fondas populares, comida ambulante a base de mucha arepa callejera y hostales de piojito. Mezclado con todo ello, están desembarcando en el barrio pequeños hoteles boutiques que ocupan casonas dieciochescas, restaurantes italianos y colombianos de mayores precios y mayor confort pensados para alcanzar el estándar internacional, agencias de viajes de todo tipo y en paralelo hostales económicos dirigidos al hipismo internacional, que también se halla como en casa en Getsemaní. No faltan lupanares infectos de un nivel de degradación humana asfixiante, meretrices estriadas y desdentadas en busca de clientes tan pobres y desahuciados como ellas mismas, basura en los callejones, perros sin dueño rondando en busca de restos comestibles, hombres desempleados dejando pasar el tiempo en las esquinas y agua estancada maloliente en la zona más abandonada del barrio, combinándose toda esa decrepitud con avenidas y parques embellecidos con un colorido buen gusto caribeño como no es fácil ver en otros lares. También se dejan ver ricos bogotanos con guayaberas caras de

lino invitando a cenar para luego ir a *comérselas* a pobres y muy jóvenes cartageneras mulatas que jinetean como única forma de vida, turistas sombrero en ristre caminando por doquier, chiquillos jugando béisbol callejero a la sombra de la muralla que une los baluartes de Santa Teresa y San Miguel, viejos mellados pudriéndose al sol de una banca desvencijada, parroquianos subempleados tomando aguardiente en las esquinas a cualquier hora del día comiéndose con la mirada a las bamboleantes viandantes, bares caros de ambientación cubana para mover el esqueleto, changarros de pollo frito aromático, barato y exquisito, peluquerías donde les planchan el pelo a las afrocolombianas y embellecen al exuberante estilo local a quien se deje; se dejan ver, ¡cómo no!, muchachas jóvenes con cuerpazos de ébano que dejan sin respiración al transeúnte deshabituado ante tanta perfección estética plasmada en anatomías de otra dimensión, prietos albañiles de espaldas hercúleas comiendo en la calle arepas de queso o de huevo, parejas de escuálidos argentinos desarraigados cantando folclor andino por unos pesos, jipis californianos drogados pacíficamente intentando bailar sin éxito vallenatos altisonantes emanados de altoparlantes no aptos para sensibles auditivos, desahuciados por la marginación y la droga barata durmiendo a *plein soleil* dejándose la vida en los puentes que comunican el barrio con otras zonas de la ciudad, cafés y restaurantes alternativos que hacen las delicias de propios y extraños, empleados uniformados de empresas varias tomando *tinto* expedido de forma ambulatoria mientras se dirigen a sus labores, modernos camiones de recogida de basura haciendo su trabajo en horas disímiles, pregoneiros de *pescao fresco*, vecinos meciéndose en los balcones de sus casas bajas, ya sea en mecedora o en hamaca, comiendo cuchara en ristre arroz con coco, el sonido omnipresente de la salsa, la cumbia y el vallenato llenando el imposible silencio de la noche, gente cenando semidesnuda en las terrazas huyendo de un calor que en agosto abotarga las noches despejadas, y en general gente bella y desenvuelta a raudales, una raza jovial, parsimoniosa y hermosa de indohispanoafricanos macerados al calor de la sofocante costa colombiana. Todo eso es Getsemaní, donde vine a posar pasajeramente mis reales mexicanoandaluces.

Bajé del taxi en el hotel Casa Canabal, un case-rón albo de barandales de madera, tejas de adorno, patio interior y cuartos amplios.

—Eso está en Tripita y Media —me dijo el taxista cuando le di en el aeropuerto las señas del hotel.

—¿Cómo dijo?

—Sí, que está en Tripita y Media, en Getsemaní, muy cerca del centro —me dijo el *man* con semblante serio.

Concédanme, por favor, y convengan conmigo que solo en el Caribe hispánico, esa maravillosa, genial, espontánea e injusta sociedad que se yerge desde Pinar del Río hasta Santa Marta, puede producirse esa tamaña maravilla de bautizar una calle con el nombre de Tripita y Media; por cierto, calle vital, hermosa y fresca donde las haya. Me entregué definitivamente al encanto del lugar: estar hospedado en Getsemaní, a cinco minutos de las lagunas de San Lázaro y Chambacú, cerca del Parque Centenario, a tiro de piedra de la plaza del Reloj, a la vera de la muralla que protegía la ciudad de los depredadores, llena de gente vital y gozadora e instalado en Tripita y Media, me hizo sentirme en la gloria, en esa esencia que solo se siente si pateas atento y con los ojos bien abiertos barrios tan caribes como Getsemaní, La Perla, Centro Habana o Los Sitios, y así, en plena plenitud sensorial, es como me sentí ese día de arriba a mi nuevo barrio. Luego supe que lo de Tripita y Media es una genialidad entre muchas; por ejemplo, una de las zonas más jodidas y broncas de la Cartagena real, esa que pasa hambre y precariedades todos los días, se llama Arroz Barato, nombre que por sí solo lo dice todo, o la Nelson Mandela, Policarpa, Membrillal o Mamonal, que debieran dar título a más de una novela sobre las desigualdades sociales y raciales de la Colombia contemporánea. También comprobé que la playa más popular y bullanguera, lejos del lujo de los hoteles de Boca Grande, se llama Marbella, espejo mundial del lujo mediterráneo y aquí, en Colombia, espejo de la pobreza de los que se bañan en ropa interior; esa contradicción me recordó la costumbre popular andaluza de llamar a las cosas por su contrario, aquello de decirle o apodar «canijo» al gordo o «lince» al cegato.

La Cartagena histórica ha sufrido una reconstrucción ejemplar a primera vista; el nivel de conservación de su patrimonio histórico es asombroso. La muralla virreinal está conservada casi en su totalidad y, si algunos fuertes históricos ya no existen, como alguno heroico en Boca Chica, es porque el cañoneo brutal de la batalla contra Vernon en 1741 lo redujo a cenizas. El centro va que vuela hacia su transformación desalmada en un coqueto paseo panorámico para turistas: hermoso, típico, aséptico y sin gracia; pero todavía no lo es, todavía la gente cartagenera acude intramuros a las notarías, todavía hay calles comerciales enteras para gente local, todavía hay vida burocrática dentro del entorno histórico. Todavía se puede tomar cerveza barata o bailar en algún lugar sabroso, todavía el centro de la ciudad es el centro de la ciudad y no un gueto para riquillos de otros hemisferios, y todavía, como consecuencia de todo ello, el centro de Cartagena pertenece a los cartageneros, y ojalá que nunca cambie, pues, cuando cada casona,

cada palacio o cada local comercial esté dedicado a los turistas y a su consumo, Cartagena habrá fenecido en el intento de mostrarse al mundo, perderá su alma en la persecución edulcorante y castrante de parecer linda al turista. Encontrar la combinación ciertamente difícil entre ciudad viva y ciudad mostrable es el reto de una Cartagena demasiado provinciana para generar pulsión propia sin que su centro sea absorbido por el tipismo barato y acabar como Carcassonne en Francia, que hoy no es más que un cascarón medieval vacío lleno de turistas en pantalón corto buscando hacerse una foto ante muros mustios, tiendas calcadas de *souvenirs* y calles muertas y falsas. Cartagena está expuesta a ese riesgo, pero todavía conserva el equilibrio, todavía se combinan ambas cosas: turistas, sus acólitos y la vida de verdad.

Estaba predestinado para que todo lo que vi en Cartagena me enriqueciera, me hiciera más sensible a la realidad colombiana, me transformara en una persona un ápice más feliz

Cartagena es un encanto de una estética difícil de alcanzar y, para colmo, se come bien –yo diría que muy bien– gracias a una combinación de comida local e internacional que ya la quisieran ciudades de ese tamaño en el resto de América. La oferta de comida peruana, india, española, italiana, francesa o colombiana es asombrosa, variada y de calidad indiscutible. No hubo día en que no comiera como los ángeles; cuando no fue un sencillo pollo frito con bollo de maíz, fueron un mofongo sustancioso o unos ceviches y pulpos al carbón de primera; cuando no un sancocho de pargo, posta de carne cartagenera, patacones, arepas de queso o de pollo, arroces con coco y arroces de mariscos de una sutileza en ambos casos lejos de tópicos grasosos. Buen café, además; los bogotanos acusan a los costeños de no tener buen café, pero en el caso de Cartagena no es cierto: tintos, expresos, capuchinos son presentados con maestría. El café expedido en Cartagena es, sin paliativos, de primera.

La gente es atenta, servicial, encimosa y dulce. Atrás de esos ademanes, se gesta un uso del español singular muy influido por los modos genera-

les del español colombiano, que los cartageneros emplean en una envoltura cuya dicción y entonación los emparenta con el español pancaribe. Los locales hablan, se mueven, caminan y gesticulan como caribeños, pero con su propia personalidad. Se dejan sentir recuerdos de Cuba, de Dominicana, de Puerto Rico o de Panamá, pero son solo recuerdos; el acento tiene personalidad propia dentro de la familia de tonalidades afrocaribeñas. Las eses ausentes, la boca muy abierta con ademán abovedado y las suntuosidades de altiplano importadas hacen del acento de Cartagena una joya tan linda y tan disfrutable como sus murallas, sus iglesias, sus mondongos o sus parroquianos. La fabla local combina formas comunes con el español hablado en México y España con otras muchas afines al resto de Colombia aderezadas con formas originales. Con México comparten los sonoros «pendejo» y «carajo», «peladita» por chiquilla, «dar plomo» en lugar de disparar, «bajarse a alguien» como sinónimo de matarlo, el hermoso arcaísmo «dizque» que me hace pensar en el esquivo Bernal Díaz (Duverger *dixit*), llamar «jugo» al zumo, «emputarse y enojarse» en lugar de cabrearse o enfadarse, «trapear el piso» en vez de fregar el suelo o «prender» en lugar de encender; y con España comparten llamar «seño» a las profesoras, «chancletas» a las sandalias, «en cueros» por desnudo, «hacerse pajas» por masturbarse, «embalarse» por correr mucho, «tapia» por barda, «sostén» por brasier o sencillamente la forma de dar la hora –en Cartagena se dice como en la Península, «cinco menos cuarto», y en México, «cuarto para las cinco»– o finalmente «turulata» por atontada. Y dentro de los colombianismos escuché «alistarse» por prepararse, «levantar un trabajo» por conseguir chamba o conseguir trabajo, «coger mis vueltas» por tomar el cambio, «plata» por lana o dinero, «me tocó que...» por tuve que..., «de pronto» por de repente o de vez en cuando, «darle gaznatazos» por darle chingadazos o darle hostias, «devolverse» por regresarse o darse la vuelta, «huevo» en lugar de polla o verga, «sentirse verraco» por sentirse chingón o simplemente felizmente poderoso, «mocho» en lugar de pantalón corto o short, «coronar» por lograr, «bolla» por follón o desmadre, «estar mamado» por estar harto o cansado, «comer» por follar o coger, «ser atravesado» por ser buscapleitos o peleoneero, «aclamar» por amanecer, «arepiar» por darse un revolcón, «estrilar» por echar una retahíla, «serenar» por llover, «no abra la jeta» por cierra el pico o cállese la boca. En general, también el uso de «cómo» en lugar de qué es un colombianismo muy extendido; por ejemplo, «¿cómo te parece?» en lugar de ¿qué te parece?; o el uso muy frecuente de «colaborar» por ayudar o auxiliar. También se oyen tecnicismos de oficios viejos, como «mazomorrar»

refiriéndose a sacar oro del río. Alcancé incluso a captar algún antillanismo como «hablar mierda» en lugar de decir tonterías, babosadas o pendejadas. En fin, una maravilla para oídos curiosos. En los barrios de la Popa, El Pozón, Olaya o San Francisco se pueden oír expresiones de una sonoridad inigualable, como la de aquel personaje de novela cartagenera que le dijo a su hija ante una diablura adolescente: «Si no coge juicio, le zampo una gaznatada»; ¡sencillamente espléndido!

Quizá el prieto en el arroz de lo que ofrece esta ciudad sean sus museos, que no son pocos, pero a cada cual más modesto, desarrapado y en franca contradicción con la calidad del legado histórico de la ciudad. Eso sí, en el desarbolado y rimbombante Museo Naval del Caribe, sito en un excelente edificio cerca de la plaza de la Aduana, reviví mis aventuras marineras infantiles y redescubrí —explicadas con pelos y señales, de manera modesta, pero pedagógica— las hazañas de Blas de Lezo y otras tantas por el estilo. Por lo demás, los museos en todos los casos, con la excepción del pequeño Museo del Oro, son para olvidar.

Mención aparte merece la visita obligada al fuerte de San Felipe. Lo vi por primera vez desde el puente de Heredia y no lo pude creer: una masa de piedra imponente, altísima, robusta como una pirámide prehispánica, casi cilíndrica como la de Uxmal en Yucatán, nada parecido a las fortificaciones que hubiera yo visto antes; demoledora su presencia, intimidante, protectora, casi maternal en su escolta secular del perímetro de la Cartago americana. Caminé con mi mujer y mi hija desde Getsemaní hasta San Felipe; bajo un sol justiciero, recorrimos las bulliciosas y sofocantes calles extramuros hasta llegar a la placita que rinde homenaje a Blas de Lezo mediante una estatua de mediana calidad que retrata al «medio hombre», así le llamaban, dado que perdió brazo, pierna y ojo combatiendo en el Mediterráneo y el Pacífico. Con mis antecedentes infantiles que ya conocen, sospecharán con sobrada razón que llegar a los pies del bravo marino guipuzcoano en la ladera misma del fuerte que frenó la expansión británica en Nueva Granada, estar junto a los espíritus presentes de los defensores de la plaza y percibir el vagar de las almas de los miles de ingleses, norteamericanos y jamaíquinos que entregaron sus vidas por salvar las propias y por la grandeza de Londres, me embargó de una sincera emoción. No pude más que despojarme de mi fresco sombrero colombiano en simbólico homenaje a todos ellos. Hoy sé que vale la pena morir por muy pocas causas, diría que casi por ninguna. Aquellos hombres no lo sabían, como no lo saben aún tantos hombres o como no lo sabía yo mismo de niño. Pero, sea como fuere, hoy Colombia habla una lengua romance, es una nación de las más

singulares del mundo y avizora un futuro mucho más prometedor que su violento presente gracias a aquel conglomerado social y racial que frenó a los norteamericanos e ingleses en los imponentes fosos de San Felipe de Barajas.

En este mágico viaje, por no faltar no faltó siquiera el adorable hecho de haber podido adoptar como propio y cotidiano un rinconcito de la ciudad. No es fácil ni común; para que esto ocurra tienes que pasar las suficientes veces por él, adoptarlo consistentemente y sentirte bien allí en cualquier circunstancia. Este milagro callejero se dio en la esquina de la calle de Iglesia con Mantilla, donde se acoge a sagrado la pequeña librería Ábaco: coqueto espacio de cultura y café que dispone de dos mesas afuera donde leer u ojear lo comprado. Esa esquina nos cautivó y procedimos allí a descubrir lo que un informado librero, de esos que ya quedan pocos, nos quiso compartir sobre las novedades de la literatura cartagenera. Por mediación del librero de marras, llegué a una novela que cimbró y afloró lo que sospechaba de la sociedad cartagenera y colombiana: sus brutales desigualdades, que son caldo de cultivo de muchos de los males de esta magnífica nación. *Rencor*, un novelón indescriptible del para mí hasta entonces desconocido Óscar Collazos, novelista colombiano del que nunca había oído y cuya obra es inmensa, muy leída en Colombia y desconocida para muchos fuera de allí. Collazos es del Chocó, en la costa del Pacífico colombiano, una región dañadísima por la guerra civil que aún persiste; reside desde hace años en Cartagena y ha retratado los pudrideros, corruptelas, racismos y desigualdades de este paraíso con pies de barro que son la ciudad y en el fondo todo el Caribe. El personaje de la novela es Keyla Rencor, una chilapa adolescente desplazada por la guerra desde el campo que termina instalándose en un ranchito (chabola, favela) en la Nelson Mandela y allí empieza la vida dura, despiadada y descarnada de tantos desplazados de tantas guerras en tantos sitios. El libro me recordó en su forma a *Las guerras de nuestros antepasados*, de Miguel Delibes —el valisoletano describiendo en voz de Pacífico Pérez y mediante un diálogo carcelario la destrucción de la España campesina por el desarrollismo franquista y el chocoano describiendo en el mismo espacio enjaulado, en voz de Keyla Rencor, la degradación de los campesinos huidos de los paramilitares y de la guerrilla al llegar a los barrios de invasiones de las grandes urbes colombianas—. Novela excepcional que me cambió, enriqueció y me hizo ver las heridas sociales de Cartagena con una hipersensibilidad imposible antes de su lectura. No cabe duda de que antes o después, de niño o ya de ruco, los buenos libros te hacen ver, mirar, oír y escuchar más y mejor que los mismos ojos, oídos y orejas.

Concluyo por fin estos pensamientos, que escribo en mi casa de la Ciudad de México, diciéndoles que en mis honduras ya inventarié irremediablemente y para siempre a Getsemaní, a Tripita y Media y a sus gentes; que Cartagena

dejó sincera y perdurable mácula en mis adentros y que cuando esto acontece, que es muy de vez en cuando, suelo no irme nunca de esos espacios; de allí soy, allí vivo y allí vuelvo siempre a golpe de recuerdos.